

**JUNICHIRŌ TANIZAKI**

**DIARIO DE UN VIEJO LOCO**

Traducción del inglés de  
María Luisa Balseiro

 **Siruela**

Libros del Tiempo

*16 de junio*



Esta tarde he ido al kabuki. Lo único que quería ver era *Sukeroku*, no tenía intención de quedarme a ver el resto del programa. Kanya en el papel de protagonista no me interesaba, pero Tossho hacía de Agemaki, y yo sabía que sería una cortesana hermosa. Fui con mi mujer y Satsuko; Jokichi vino de la oficina para acompañarnos. Solo mi mujer y yo conocíamos la obra; Satsuko la veía por primera vez. Mi mujer cree que la vio con Danjuro en el papel principal, pero no está segura. Yo tengo un recuerdo indeleble de haberle visto en ese papel. Debió de ser hacia 1897, cuando yo tenía trece o catorce años. Fue el último *Sukeroku* que hizo Danjuro; murió en 1903. En aquella época vivíamos en el distrito Honjo de Tokio, y todavía me acuerdo de que pasábamos por delante de una famosa tienda de grabados que había allí (pero no sé cómo se llamaba), que tenía en el escaparate un tríptico de *Sukeroku*.

Supongo que será el estreno de Kanya en el papel, y desde luego su actuación no me entusiasmó. Últimamente todos los actores se cubren las piernas con leotardos. A veces los leotardos se arrugan, y el efecto se arruina por completo. Deberían maquillarse las piernas y dejarlas al aire.

La Agemaki de Tossho me gustó mucho. Pensé que solo por eso merecía la pena haber ido. Otros quizá hayan interpretado mejor el papel, pero yo hace tiempo que no veía una Agemaki tan bella. Aunque no tengo inclinaciones homosexuales, recientemente he llegado a sentir una extraña atracción hacia los jóvenes actores del kabuki que hacen papeles de mujer. Pero no fuera del teatro. No me interesan si no están maquillados y vestidos de mujer. Bueno, pensándolo bien, quizá debería reconocer una cierta inclinación.

De joven tuve una experiencia de esa clase, pero solo una vez. Había un apuesto actor joven de papeles femeninos llamado Wakayama Chidori. Debutó en el Teatro Masago de Nakasu, y ya cuando se hizo un poco mayor hacía pareja con Arashi Yoshizaburo. Digo mayor, pero tenía unos treinta años y seguía siendo guapísimo: te parecía estar viendo a una mujer en lo mejor de la vida, nadie hubiera dicho que era un hombre. Haciendo el papel de la hija en el *Vestido de verano* de Koyo, yo la encontré, o mejor dicho lo encontré, absolutamente cautivador. Un día, bromeando, le comenté a la dueña de una casa de té que me gustaría invitarle a salir alguna noche vestido como salía a escena, y quizá incluso ver cómo era en la cama. «Déjelo en mis manos», me dijo; ¡y lo organizó! Todo salió a pedir de boca. Acostarse con él fue exactamente como acostarse con una *geisha* a la manera normal. En pocas palabras, era una mujer hasta el final; en ningún momento permitía que su pareja le viera como un hombre. Se vino a la cama con ropa interior de seda llamativa, y sin quitarse la complicada peluca se tendió, estando la habitación en penumbra, con la cabeza en un alto reposacabezas de madera. Fue una experiencia realmente extraña. Su habilidad era extraordinaria, pero no tenía nada de hermafrodita: era un varón espléndidamente equipado, solo que su técnica te hacía olvidarlo.

Aunque fuera habilísimo, el hecho es que a mí nunca me gustó ese tipo de cosa, y por lo tanto mi curiosidad quedó satisfecha con una única experiencia. Nunca la repetí. Entonces, ¿por qué ahora, cuando tengo setenta y siete años y ya no soy capaz ni siquiera de esas relaciones, he empezado a sentirme atraído no por las chicas guapas con pantalones, sino por los

chicos apuestos vestidos de mujer? ¿Será que se ha reavivado mi viejo recuerdo de Wakayama Chidori? No lo creo. No, esto parece estar relacionado con la vida sexual de un viejo impotente; aunque seas impotente, tienes una cierta vida sexual...

Hoy se me cansa la mano. Lo dejo aquí.

17 de junio



Quiero añadir algo sobre lo que pasó ayer. Aunque anoche llovía (ha empezado la estación de las lluvias), yo pasé un calor agobiante. El teatro tenía aire acondicionado, por supuesto; pero a mí el acondicionamiento de aire me sienta muy mal. La neuralgia de la mano izquierda me dolió más que nunca, y también la insensibilidad de la piel se me puso peor. Siempre me molesta desde la muñeca hasta la punta de los dedos, pero anoche me dolía hasta la articulación del codo y a ratos más arriba, todo el brazo hasta el hombro.

–¿Qué te decía yo? –dijo mi mujer–. Pero tú no has querido hacerme caso. ¿Sigues pensando que merecía la pena venir? ¿A una representación de medio pelo como esta?

–No está tan mal. Ya solo mirar a esta Agemaki me ayuda a no pensar en el dolor.

Sus reproches redoblaron mi terquedad. Pero el brazo me estaba cogiendo mucho frío. Me había puesto una camiseta de punto de seda, un kimono sin forro de lana fina, transpirable, y encima un sobretodo de verano de seda cruda; llevaba además la mano izquierda metida en un guante de lana gris y sujetaba un calentador de bolsillo envuelto en un pañuelo.

–Yo entiendo lo que dice Padre –dijo Satsuko–. ¡Tossho es maravilloso!

–Cariño... –empezó Jokichi, pero cambió de tono–. Satsuko, ¿de veras te gusta a ti también su manera de actuar?

–Su manera de actuar no sé, pero a mis ojos es guapísimo. Padre, ¿por qué no venimos mañana a la *matinée*? Están

haciendo la escena de la Casa de Té de *Los amantes suicidas de Amijima*, ¡seguro que ahí está maravilloso! ¿No le apetece venir mañana? Cuanto más lo retrasemos, más calor hará.

La verdad es que el brazo me estaba dando tanta guerra que mi primera idea fue desechar el programa de la *matinée*, pero las quejas de mi mujer hicieron que me dieran ganas de ir, por pura cabezonería. Satsuko lo supo ver al instante. La razón de que haya caído en desgracia ante mi mujer es que en este tipo de ocasiones no le hace caso e intenta congraciarse conmigo. Imagino que será verdad que le gusta Tossho, pero seguramente le interesa más Danko, que hacía el papel principal.

La escena de la Casa de Té, en el programa de esta tarde, empezaba a las dos y acababa hacia las tres y veinte. Hoy hacía más calor que ayer, con un sol achicharrante. A mí me preocupaba el calor, pero sobre todo el efecto de aquella refrigeración excesiva sobre mi brazo. Hoy el enfriamiento sería tanto peor. El chófer quiso que saliéramos de casa pronto. «Anoche no hubo ningún problema», dijo. «Pero a estas horas seguro que nos encontramos con alguna manifestación en las cercanías del Parlamento o de la Embajada Americana.» Tuvimos que salir a la una. Íbamos solo los tres, porque Jokichi no se sumó.

Afortunadamente llegamos sin demasiado retraso. Como todavía estaban los teloneros, pasamos al restaurante a esperar que acabasen. Satsuko y mi mujer pidieron helados, y yo también quise tomar uno, pero mi mujer me lo impidió. La escena de la Casa de Té la hacían Tossho en el papel de Koharu, Danko en el de Jihei y Ennosuke en el de Magoemon. Yo recuerdo haberla visto hace años en el Teatro Shintomi, con el padre de Ennosuke haciendo de Magoemon, y el Baiko de antes en el papel de Koharu. El Jihei de Danko era muy intenso, se veía que estaba poniendo toda la carne en el asador; pero a él también se le veía demasiado tenso, demasiado forzado, y acabó envarado y nervioso. Claro está que no cabía esperar otra cosa de un muchacho joven en un papel tan importante; confiemos en que sus esfuerzos le resulten de algún provecho. Pero, en mi opinión, debería haber escogido un papel del repertorio de Edo en lugar de intentar hacer un personaje de Osaka. Tossho

también hoy estaba guapo, aunque yo tengo la impresión de que estaba mejor en Agemaki. No nos quedamos a la tercera pieza del programa.

—Ya que hemos venido hasta aquí, vamos a unos grandes almacenes —dije, esperando que mi mujer se opusiera. Así fue.

—¿No te parece que ya has tenido suficiente aire acondicionado? ¡Con el calor que hace, tú tendrías que ir derecho a casa!

—¿Has visto cómo está esto? —Y le mostré la punta de mi bastón de madera de *snakewood*—. Se le ha caído la contera. No sé por qué, pero nunca duran; dos o tres años como mucho. A lo mejor en Isetan encuentro un bastón que me guste.

La verdad es que estaba pensando en otra cosa, pero no lo dije.

—Nomura, ¿crees que podremos evitar las manifestaciones en el camino de vuelta?

—Sí, señor.

Según nuestro chófer, hoy había salido una facción de la Federación de Estudiantes: parece ser que planeaban reunirse en el Parque Hibiya a las dos para dirigirse al Parlamento y a la Jefatura de Policía. No pasaría nada si no entrábamos en aquella parte de la ciudad, dijo.

Los complementos de hombre estaban en la tercera planta; no había ningún bastón que me gustara. Sugerí pararnos en la segunda para ver la muestra especial de moda femenina. Habían empezado las rebajas de verano y los almacenes estaban de bote en bote. Vimos toda clase de prendas estivales «a la italiana», de famosos diseñadores de alta costura. Satsuko no se cansaba de exclamar que eran maravillosas y no quería marcharse. Yo le compré un *foulard* de seda de Cardin que costaba tres mil yenes.

—¡Me muero por tener uno así, pero son demasiado caros!

Suspiraba de admiración ante un bolso importado de ante beis, con la armadura tachonada de zafiros de imitación. Costaba veintitantos mil yenes.

—Dile a Jokichi que te lo regale. Él lo puede pagar.

—Ni me molesto. Es muy tacaño.

A las cinco propuse ir a cenar al Ginza.

—¿A qué sitio del Ginza? —preguntó mi mujer.

–Vamos a Hamasaku. Últimamente tengo ganas de comer anguila.

Le pedí a Satsuko que llamara para reservar en la barra. Le dije que llamara también a Jokichi para pedirle que se reuniera allí con nosotros a las seis si podía. Nomura dijo que los manifestantes se acercarán al Ginza a eso de las diez, antes de dispersarse. Si íbamos ya, a las ocho podíamos estar de vuelta en casa sin encontrarnos con ningún tropiezo. Todo lo que había que hacer era acercarse al centro dando un rodeo por el otro lado del palacio y no habría nada que temer...

*18 de junio*



(Continúa lo de ayer.)

Llegamos a Hamasaku a las seis. Jokichi ya nos estaba esperando. Mi mujer y yo nos sentamos juntos, y después Satsuko y Jokichi, por este orden. Mientras nosotros bebíamos té verde, los jóvenes tomaban cerveza; nuestro aperitivo fue tofu frío, pero el de ellos era distinto, para combinar con su bebida. Yo pedí también salpicón de pescado. De *sashimi*, mi mujer y Jokichi pidieron besugo en rodajas finas, y Satsuko y yo quisimos *hamo* de anguila con salsa de ciruela. Yo fui el único que comió anguila a la parrilla, porque los demás prefirieron una parrilla de ayu; todos comimos timbales de setas y salteado de berenjenas.

–Yo quisiera algo más –dije.

–¿Lo dices en serio? –preguntó mi mujer con incredulidad–. ¿No has comido bastante?

–No es que tenga hambre, es que cada vez que vengo aquí me dan muchísimas ganas de comer comida de Kioto.

–Veo que tienen *guji* –dijo Jokichi.

–¿Le apetecería acabarse esto, Padre? –Satsuko casi no había tocado el *hamo*; había tomado solo un par de rodajas, con la idea de pasarme el resto. Para ser sincero, tal vez yo fui allí anoche con la esperanza (o con el designio) de recibir sus sobras.

–Me parece muy bien, pero he devorado lo mío tan deprisa que ya me han retirado la salsa de ciruela.

–También me queda un poco. –Satsuko me pasó la salsaera junto con la anguila–. ¿O le pido otra?

–No te molestes. Está bien así.

A pesar de su escaso interés por el *hamo*, Satsuko había esparcido salsa de ciruela por todos lados, lo que no se podía decir que fuera una manera de comer muy educada. Tal vez lo hiciera a propósito.

–Aquí tienes la parte del ayu que te gusta –dijo mi mujer. Tiene un talento especial para sacar la espina limpiamente; la aparta con la cabeza y la cola y se come hasta la última brizna de carne, dejando el plato como si un gato le hubiera pasado la lengua. También tiene la costumbre de guardarme las vísceras.

–Tómese también la mía –ofreció Satsuko–. Aunque, dada mi torpeza para comer el pescado, no está tan limpia como la de Madre.

Era poco decir. Los despojos de su ayu eran todavía más pringosos que la salsa de ciruela. Me pareció que también aquello podría tener su significado.

Durante la conversación Jokichi comentó que dentro de unos días tiene que ir a Hokkaido en viaje de negocios. Espera quedarse cerca de una semana, y le dijo a Satsuko que podía acompañarle si quería. Ella, tras pensárselo un momento, dijo que siempre había querido ir a Hokkaido en verano pero que lo dejaría pasar esta vez, porque le había prometido a Haruhisa ir al boxeo el día 20. Jokichi dijo: «¿Ah?», y no insistió. Llegamos a casa hacia las siete y media.

Esta mañana, después de que Keisuke se fuera al colegio y Jokichi a su oficina, fui dando un paseo hasta el pabellón del jardín. Es una distancia de unos cien metros, pero últimamente estoy perdiendo fuerza en las piernas y cada día me cuesta más trabajo andar. Algo ha tenido que ver la humedad de la estación de las lluvias, aunque el año pasado no me afectó así. Las piernas no me duelen tanto ni son tan sensibles al frío como los brazos, pero las noto extrañamente pesadas y como si tendieran a tropezar una con otra. Unas veces la pesadez se centra en la rodilla y otras en el empeine o en la planta de los pies; varía



de un día al siguiente. También los médicos tienen diferentes opiniones al respecto. Uno me dice que son todavía secuelas del ligero ataque cerebral que tuve hace años, fruto del cual fue una leve lesión que me afecta a las piernas. Cuando me vieron por rayos me dijeron que tengo deformadas las vértebras cervicales y lumbares, y que debía empezar a usar una cama deslizante y colgarme del cuello, y también me aconsejaron ponerme alrededor del cuello una escayola temporal. Yo no soporto estar aprisionado y estrujado de esa manera, así que he intentado aguantar con el problema de las piernas. Aunque se me haga difícil andar, tengo que caminar por lo menos un poco cada día. Me han advertido que si no camino no tardaré en perder del todo el uso de las piernas. Para no caerme me apoyo en un bastón de bambú, pero lo normal es que Satsuko o la enfermera o alguien vaya conmigo. Esta mañana ha sido Satsuko.

–Toma, Satsuko.

Mientras descansaba en el pabellón saqué de la manga del kimono un fajo de billetes muy dobladito y se lo puse en la mano.

–¿Qué es esto?

–Veinticinco mil yenes. Para que te compres el bolso que viste ayer.

–¡Qué ilusión!

Rápidamente se guardó el dinero en la blusa.

–Pero si mi mujer te ve con él, puede sospechar que yo te lo he comprado.

–Mamá no lo vio cuando estábamos en los almacenes. En ese momento iba por delante de nosotros.

Ahora que lo pienso, Satsuko tenía toda la razón...